

Experiencia de Dios y cultura de hoy

Jorge Miguel Castro

Lo vi todo claro. Veo un mundo nuevo.

Pedro Arrupe, SJ

1. Cultura de hoy y nociones de cultura

Hablar de cultura da para todo. Cuando hablamos de la cultura de hoy, ¿de qué estamos hablando? Podemos referirnos a la contraposición entre la cultura occidental y la oriental, o entre la cultura urbana y la rural, o a la diversidad cultural de las muchas etnias, sociedades o naciones que componen la humanidad. Entre las culturas hay grados diversos de continuidad y semejanza o discontinuidad y diferencia. Venezuela y las otras naciones de Sudamérica, sin obviar sus diversas raíces amerindias y –en el caso de algunos países- africanas, están en la esfera de influencia de la cultura que llamamos occidental, inspirada fundamentalmente por Europa y los Estados Unidos, y más ahora con la llamada globalización.¹

1 El debate sobre el significado de la globalización es arduo, como el de la integración europea. ¿Se trata de una integración planetaria de

Bernard Lonergan advierte que hay dos modos de concebir la cultura: uno clásico y otro empírico.² El clásico es aquél en cuyo discurso y praxis una cultura pretende ser la que más y mejor representa cuanto el ser humano es y significa individual y colectivamente. Una cultura que se concibe a sí misma según la noción clásica reclama por tanto el derecho a una verdad y validez universal y a una primacía de dominio e imposición sobre las demás culturas, consideradas como deficientes e imperfectamente desarrolladas. Tal ha sido el modo en que la cultura griega clásica se concibió a sí misma frente a los bárbaros, o en que las culturas europeas se consideraron frente a las amerindias, africanas y asiáticas en las etapas colonialistas, o en que la cultura “oficial” estadounidense se comprende a sí misma en su papel protagónico dentro del proceso de globalización, en la exportación cultural del *american dream and american way of life* (el sueño americano y el estilo de vida americano) a través de la industria del entretenimiento, el cine y la televisión³, de los medios de información o comunicación, de la moda o de la alimentación (*fast food* o comida rápida al estilo MacDonal’d’s), en la presión para que otros países adopten sus recetas políticas o económicas, o en la convicción de que los Estados Unidos nacieron para dirigir al mundo (la llamada doctrina del *destino manifiesto*).

ciudadanos y culturas, o de una mera eliminación de fronteras para el mercado?

- 2 Ver B. LONERGAN, *Método en teología*, Salamanca, Sígueme, 1988, 9 y 291ss. Para una ilustración sobre policentrismo cultural y búsqueda filosófica, ver F. COPLESTON, *Filosofía y culturas*, México, FCE, 1984.
- 3 Según el Informe de la ONU sobre desarrollo humano de 1999, esta industria del entretenimiento es la mayor fuente de ingresos de las exportaciones de los EE.UU., por encima de las de otros productos, incluso los tecnológicos (por ejemplo, las industrias aeronáutica e informática). También es la manera más eficaz de exportar talentos culturales y estilos de vida en un flujo incesante y arrollador desde los países desarrollados a los países en vías de desarrollo. Conviene indicar

En contraste con la noción clásica, Lonergan presenta la perspectiva empírica de cultura en la forma de un policentrismo cultural. Las diversas culturas son expresiones válidas del fenómeno humano, y no es necesario ni teórica ni prácticamente conveniente tomar a alguna de ellas como el *desideratum* de cultura, ni adjudicarle rango de universalidad para todo tiempo y lugar, o derechos de dominio o exterminio en relación con las otras culturas. Dentro de esta perspectiva empírica, Lonergan define simplemente a cada cultura como el conjunto de significaciones y valores que determinan un estilo de vida. El mundo de significaciones y valores encierra una cantidad inmensa de elementos como creencias y convicciones compartidas sobre el mundo, el ser humano y la sociedad, lenguajes, símbolos, jerarquías de asignación de importancia a cosas, personas y grupos, un fondo común de conocimientos y destrezas. Con todo este bagaje se construye un estilo de vida, un modo concreto de interacción entre las personas y las colectividades.

Lo interesante de esta noción empírica de cultura es que da cabida a una apreciación dinámica e histórica de las culturas y de la interacción entre ellas. Es una noción apropiada para entender el momento de vertiginoso cambio cultural que vivimos y tiene otra ventaja: la de evitarnos la resignación o el fatalismo de creer que estamos irremediabilmente insertos en lo que Francis Fukuyama llamó *el fin de la historia*, esto es, la permanencia indefinida del presente

que, para informarnos acerca de la situación mundial, sus logros y desequilibrios, y evaluar su impacto sobre los estilos de vida y mentalidades culturales, se puede acceder a los Informes anuales de la ONU sobre desarrollo humano de 1990 a 2000 en la página web . Especialmente interesantes son algunos temas tocados en los informes de 1998 (sobre consumo, desarrollo sustentable y conservación del medio ambiente), 1999 (globalización con rostro humano) y 2000 (derechos humanos y desarrollo).

estado de cosas en relación con la economía y la política de las naciones occidentales desarrolladas como modelo permanente –o “paraíso” inalcanzable- para el resto del mundo.⁴ La noción empírica y policéntrica de cultura nos muestra que la historia no es una estructura acabada, sino abierta a múltiples posibilidades.

Además, la noción empírica de cultura nos permite tomar en lo posible alguna distancia para plantearnos ciertas preguntas sobre aspectos como el de los indicadores de desarrollo de una cultura y la sociedad que la vive. ¿Por qué una cultura compleja con grandes posibilidades tecnológicas para la guerra a gran escala se considera muy desarrollada mientras que alguna cultura indígena con gran estima por la amistad y horrorizada por sentimientos de enemistad o venganza es tenida por poco desarrollada? (Esta pregunta no significa necesariamente estar por principio en contra de los avances tecnológicos y a favor de la vuelta a una vida primitiva al estilo del

4 Por cierto, de lo malo que resulta para la mayoría de las naciones que no puedan alcanzar el “paraíso” de los países más desarrollados, lo bueno es que si hubiera la posibilidad teórica de que toda la humanidad entrara en el actual modelo de desarrollo y estilo de vida de estos países, en pocas décadas la cantidad de desechos de todo tipo y de contaminación harían inviable el equilibrio natural y la vida misma en el planeta, por no hablar de otros inconvenientes. Según el Informe de la ONU sobre desarrollo humano de 1998, una persona de un país industrializado, a lo largo de su vida, consume en diversidad de artículos y produce en basura y contaminación, el equivalente de lo que consumirían y contaminarían entre treinta y cincuenta personas de países en desarrollo, dependiendo del grado de desarrollo de éstos. Pero, puesto que esta observación no justifica mantener el atraso y la miseria de quienes los padecen, la pregunta es: ¿qué modelos alternativos de un desarrollo que llamamos sustentable permitirían una vida digna a esas mayorías de la humanidad? El Informe propone pistas para un modelo de desarrollo distinto al de los países más poderosos, en procura de la combinación del mayor progreso con el menor impacto sobre el medio ambiente.

mítico “buen salvaje” de Rousseau) ¿Qué criterios nos llévan a alabar un determinado tipo de logros en unas culturas y a dejar en la sombra los de otras? ¿Qué precio debemos pagar en el presente y futuro por elegir tales criterios de desarrollo y no otros? ¿Nos ayudarán tales criterios a vivir más humanamente? A fin de cuentas, ¿qué es vivir humanamente?

2. Cambios vertiginosos en la cultura de hoy

La noción empírica de cultura, decíamos, es dinámica e histórica. Las culturas experimentan etapas de auge, luchas y antagonismos entre ellas (piénsese, por ejemplo, en la enorme resistencia cultural de varios países islámicos y de ciertas etnias y organizaciones frente a los valores y estilos de vida occidentales), encrucijadas de modificaciones profundas en sus escalas de valores y procesos de decadencia, erosión o disolución. Avanzamos hacia sociedades que cifran su esperanza de progreso en la tecnología, la información y el conocimiento, y en una transformación profunda de la actividad económica y laboral. El momento presente es un tiempo de perplejidad signado por la velocidad vertiginosa de los cambios, a causa de la combinación de la explosión demográfica, el avance en medios de comunicación y transporte, y otros factores. Esa velocidad aumentará aún más en las próximas décadas, porque la informática está desarrollando mundos virtuales que transforman nuestra percepción de la realidad, y disciplinas como la bioquímica, la biotecnología y la ingeniería genética conocerán avances tan enormes como los registrados por la electrónica en el siglo que acaba de concluir y los que aún va a registrar.

Además, muchos millones de personas se han trasladado de la tierra de sus antepasados a otros ambientes en busca de mejores oportunidades de vida, luchando por abrirse paso en grandes

concentraciones urbanas -en las que el individuo es un desconocido anónimo en medio de la gran masa humana- y experimentando el desarraigo respecto a tradiciones, comportamientos, sociabilidad y valores de sus antepasados. Esto explica en buena parte el dislocamiento en la interrelación de matrimonios, familias, instituciones diversas (políticas, económicas, educativas, etc.) y colectividades enteras, y una dura competencia de individuos y grupos por crearse nuevos espacios vitales, económicos y sociales, con una frecuente dosis de ansiedad individual, alta tensión social y violencia.

Esta competencia se endurece aún más en el siglo que comienza. En los informes anuales de la ONU sobre desarrollo humano de la última década, se descubre que crece a una velocidad escalofriante la distancia entre las minorías de la población mundial que disfrutaban de bienestar material y las mayorías que carecen dramáticamente de los factores necesarios para su desarrollo y una vida digna. Tanto en los escenarios nacionales como en el planetario, se agudiza la desarticulación entre el bienestar individual o grupal por un lado y el bienestar general por otro. ¡Sálvese quien pueda!⁵

-
- 5 Ver especialmente el Informe sobre desarrollo humano de 1999. En los países más desarrollados, que contienen un 20% de la población mundial (unos 1.400 de los cerca de 7.000 millones de habitantes de la Tierra) se concentra el 86% del Producto Interno Bruto (PIB) mundial. En contraste, los 1.400 millones de habitantes más pobres del planeta disponen del 1% del PIB mundial. Las 200 personas más ricas de la Tierra suman beneficios a ritmos cada vez más veloces, y poseen hoy unos activos cuyo valor supera a los ingresos del 41% de la población mundial; esto es, esas 200 personas concentran juntas más riquezas de las que puede disponerse para 2.870 millones de personas. Si esas 200 personas donaran anualmente el 1% de su riqueza (porcentaje irrisorio en relación con la curva ascendente de sus ganancias), se resolvería el problema de acceso a la educación primaria para todos los niños del planeta. Por otra parte,

Por otra parte, se dice que las sociedades o grupos humanos que inviertan masivamente en educación básica y media para toda su población y en erradicación total del analfabetismo, investigación y tecnología, se abrirán paso a los beneficios de una sociedad regida por la información y el conocimiento y una nueva cultura planetaria de bienestar, producto de la globalización, esto es, de la máxima interconexión política y económica mundial y del desdibujamiento de los Estados nacionales y sus fronteras. Quienes no se suban a este tren conocerán una miseria irremediable, según algunos expertos que incluso han señalado cuáles grupos sociales o naciones están condenados desde ya a tal ostracismo. Esos expertos posiblemente se horrorizan de ciertas ideologías totalitarias que en el siglo XX consideraron necesarias las purgas activas de millones de personas en nombre de la felicidad general y el progreso. Sin embargo, para el siglo XXI predicen fría o resignadamente una purga pasiva que no mata a miles de millones de seres humanos, sino que sólo los dejar morir o sobrevivir a duras penas.⁶ Si esto afectara a sus propios hijos, sí buscarían soluciones...

hay que considerar que la fusión de grandes corporaciones y los rápidos cambios en los escenarios laborales, están generando reducciones significativas de personal, creciente dificultad para encontrar empleo formal y brechas importantes de desarrollo y calidad de vida inclusive en los mismos países desarrollados. En cuanto a América Latina, el 85% de la ocupación laboral generada en la década de los noventa corresponde a la economía informal. Ello quiere decir que cada vez mayor número de personas –incluso con preparación universitaria– se enfrentan a una creciente inseguridad y precariedad en cuanto a medios de subsistencia por la escasez de oportunidades para hallar empleo formal. Cada vez más riqueza se concentra en menos manos.

6 Si la estimación de usuarios de Internet para este año 2001 es de unos 700 millones, implica un considerable crecimiento respecto de los 143 millones de usuarios estimados en 1998, pero significa sólo el 10% de la población mundial, asentada en su mayoría en países desarrollados o en élites acomodadas de los países en desarrollo. Urge, pues, un

Frederick Copleston, como experto en historia de las filosofías y culturas, hace notar que cuando una cultura está en situación de encrucijada y crisis, o cuando todo un sistema de vida está dando paso a otro muy distinto, suelen acentuarse dos reacciones. La primera consiste en una posición de escepticismo hacia valores y búsqueda de sentido de la vida, y este escepticismo suele dar paso a una actitud pragmática y utilitarista: lo importante es que las cosas “funcionen” y den resultados. La segunda reacción es una búsqueda interior, espiritual o mística, en pos de una fuente de sentido frente a la confusión general generada por el desarraigo de las tradiciones y valores de antaño.⁷ El primer camino busca un sentido funcionalista: las cosas del mundo tienen sentido si funcionan y generan resultados y beneficios. El ideal es la máquina, y la persona ideal es como la máquina, esto es, funcional o –de lo contrario– desechable. En un extraordinario ejercicio de su inteligencia, los humanos crean las máquinas, y luego suelen sucumbir, poco inteligentemente, a la tentación de reducir su dignidad a la de sus creaciones. Funcionar se reduce a vivir para producir, adquirir y consumir (en vez de producir, adquirir o consumir para vivir: nótese el giro copernicano). El segundo camino busca un sentido trascendente: las cosas del mundo tienen sentido si en ellas se refleja una Realidad divina o trascendente que las lleva a un fin más allá del caos de las apariencias. Aquí está el origen tanto de la vuelta a la fe tradicional como de nuevos

mecanismo de transferencia tecnológica a los países en desarrollo para establecer las conexiones que permitan a centros educativos y de salud estar al tanto de la información y las posibilidades educativas por tecnología informática necesarias para tener una población sana y preparada para un desarrollo sustentable, una participación activa en las decisiones mundiales y una adecuada preservación y diálogo de las diversas culturas en el ámbito global, sin colonizaciones culturales agresivas.

7 Ver. F. COPLESTON, *Historia de la filosofía*, I, Barcelona, Ariel, 1999, 43.

movimientos religiosos, sectas y la reaparición de viejos comportamientos fundamentalistas. En muchos casos se busca una reconquista agresiva del mundo para la religión o una defensa y aislamiento frente al mundo y a la inseguridad producida por una acelerada etapa de cambios.

Pareciera que la observación de Copleston halla cierta confirmación en nuestro tiempo: unas personas se afanan por el crecimiento material y el éxito y otras escogen caminos muy diversos –y a veces muy curiosos– de peregrinaje espiritual. Entonces aparece un dilema existencial que se le plantea a la gente: ¿desea usted funcionar con éxito (esto es, logrando el máximo de ganancia con el mínimo de costo) en la dura competencia económica para alcanzar una vida desahogada, o desea ser una persona bondadosa y espiritual, con una experiencia religiosa o trascendente que le llene? Lo anterior puede plantearse como una cierta esquizofrenia cultural: las leyes del mercado no se regulan desde actitudes espirituales, ni éticas ni filantrópicas, dicen ciertos teóricos, así que si usted quiere alcanzar el éxito, olvídense de ser bueno y espiritual, y si quiere ser bueno y espiritual, olvídense de alcanzar el éxito. En un tiempo en que la jerarquización de valores es tarea confusa para la mayoría de las personas, en una cultura que promueve la obtención lo más inmediata posible de resultados tangibles y beneficios económicos, ¿cuál de las dos opciones anteriores es la más tentadora?

3. ¿Cómo hemos llegado al actual estado de cosas en Occidente?

¿De dónde ha salido históricamente esta especie de esquizofrenia cultural por la que suele mostrarse como incompatible la bondad personal con el éxito y el progreso económico y social? ¿Por qué ante la pregunta sobre cómo ser buenos las respuestas suelen

ser generalidades poco operativas, mientras que la pregunta por el éxito muestra recetas prácticas y concretas? La respuesta a estas preguntas es muy compleja y tiene que ver con el contexto en que nace la cultura occidental moderna, emancipada de sus raíces judeo-cristianas. A ello nos referiremos ahora. Se atribuye al muy prudente papa Pío XII la sentencia de que *el cristianismo todavía está por estrenarse*. Se estrenará el día en que los cristianos comprendan a Jesús y dejen de montar como en los Evangelios la escena prepascual de un Maestro rodeado de discípulos que no lograban entenderlo ni conectar con su misterio profundo.

El drama de los discípulos que no entendían a su Maestro se ha repetido no pocas veces a lo largo de la historia. Por ejemplo, de la baja Edad Media arrancan problemas y debates en relación con las doctrinas y la vida cristiana que llevarían a la división de Europa con la Reforma protestante del siglo XVI y a las posteriores guerras de religión que bañaron en sangre al viejo Continente (ya en el siglo XI se había consumado, por disputas parecidas, distanciamientos culturales y ciertos episodios violentos, la ruptura entre la Iglesia romana y las Iglesias orientales, que se venía gestando de tiempo atrás). ¿No hay aquí una incompreensión fundamental del Maestro que dijo a sus discípulos: *los demás reconocerán que ustedes son mis discípulos en esto: en el amor que se tengan unos a otros* (Jn. 13, 35)? Estos hechos evidenciaron que no bastaba la bienintencionada lectura de la Biblia o la apelación a la autoridad de los jerarcas o de teólogos y consumados comentaristas de las Sagradas Escrituras para hallar la verdad y la concordancia pacífica entre los creyentes.

Por eso la cultura occidental moderna se inauguró con una gran duda planteada como problema: ¿cómo reconocer la verdad? ¿cómo alcanzar la certeza sin engañarnos? Aquí está el origen del esfuerzo de Descartes y otros pensadores modernos que lo sucedieron. Si no bastaba la interpretación teológica de la revelación cristiana

para alcanzar certeza y concordancia entre los humanos, habría que buscar esa certeza por medio de la razón. La racionalidad prometía mucho. Si en las cuestiones religiosas se había llegado a dolorosos conflictos y estancamientos, los esfuerzos de la razón en campos como el de la matemática y la física ofrecían progresos incesantes en cuanto a las verdades de que se ocupaban y a los descubrimientos que lograban.

Esta obsesión de certeza alcanzó incluso a los ambientes religiosos católicos y protestantes: ¿cómo podemos alcanzar la certeza de que nos salvamos? Ha habido un abanico de respuestas, desde las rigoristas, de una moral muy severa con poca esperanza de misericordia, hasta las laxas, donde equivocadamente la bondad divina es un pretexto para permitir la irresponsabilidad personal. En el catolicismo, la certeza de salvación se apoyaba muchas veces en un malentendido práctico de la doctrina sobre la eficacia de los sacramentos (llamada técnicamente por los teólogos eficacia *ex opere operato*) o de ciertas prácticas devocionales; parecía que esta eficacia casi mecánica llevaba automáticamente a la salvación. En algunas corrientes del protestantismo, se señaló que la prosperidad económica podía ser uno de los signos de la bendición divina y la predestinación a la salvación. De ahí la obsesión por el trabajo y el uso productivo del tiempo en naciones protestantes, aspectos que llaman la atención de Max Weber en su conocida obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. De todos modos, el hecho era que la razón moderna ganaba los espacios públicos mientras la religión era poco a poco relegada al ámbito privado.

La cultura occidental moderna buscó entonces encontrarle sentido a la vida humana e imprimirle valores y estilos desde la racionalidad. Las ideologías que en la modernidad tardía nacieron de este optimismo racional –liberales unas, totalitarias otras–

prescindieron cada vez más de un planteamiento religioso y predicaron un indefinido progreso hacia la felicidad general gracias al solo esfuerzo humano. Las principales corrientes ideológicas que pugnarón por el control del mundo en el siglo XX tenían sus versiones de lo que sería ese progreso indefinido. Una de ellas era la representada por la democracia formal, que a partir del capitalismo, la iniciativa privada y las libertades individuales, garantizadas y reguladas por un Estado del bienestar, llevaría a un desarrollo indetenible. Otra era la de la democracia socialista, que, con una economía centralizada y planificada, esperaba la crisis capitalista y el progreso irrefrenable hacia una sociedad igualitaria, la sociedad comunista, donde todas las personas tendrían resueltas sus necesidades básicas.

Ambas versiones del progreso indefinido hacia un estado de felicidad olvidaron que en los procesos culturales e históricos no sólo hay factores que impulsan el progreso, sino también factores que atraen la decadencia de las sociedades. Además de los descubrimientos y avances tecnológicos o las conquistas en la cuestión de los derechos humanos, el siglo XX también conoció el horror de guerras con millones de muertos, instrumentos de destrucción de un poder nunca antes imaginado, campos de concentración, hambrunas y desplazamientos masivos de personas que escapaban de la guerra o del hambre, y una inédita degradación del medio ambiente, factores que entre otros minaron la ilusión de un progreso indefinido. Las ideologías se erosionaron. Los partidos políticos dejaron de ser expresiones ideológicas y prácticas de comunicación entre los ciudadanos y las instituciones, para convertirse en maquinarias pragmáticas de poder y cosecha de votos, o para disolverse, o cambiar inusitadamente sus prácticas y comportamientos. Los años ochenta y noventa del siglo XX fueron los del colapso del experimento socialista de Europa del este y la Unión Soviética, pero también los

del colapso del Estado democrático formal del bienestar a favor de un neoliberalismo que exaltaba la iniciativa privada y pedía, como en otras épocas, la reducción al mínimo del papel regulador del Estado. La desilusión con la modernidad tardía, que se gestaba desde la postguerra, reventó con fuerza a partir de los años sesenta, con acontecimientos emblemáticos como las protestas contra la guerra de Vietnam en EE.UU., el mayo del 68 francés o la Primavera de Praga y su socialismo con rostro humano, aplastada por los tanques soviéticos. Los principios de la Revolución francesa (*liberté, égalité, fraternité*) habían quedado desconectados y deformados. La libertad se había trocado en individualismo insolidario; la igualdad en sometimiento a la dictadura del partido único y la fraternidad, si es que alguna vez la hubo, fue sustituida por la competencia feroz y la confrontación.

Las ideologías tardomodernas –por las que ya nadie pensaba ofrendar su vida– daban así paso a un escepticismo y pragmatismo que hoy se enseñorean de las culturas contemporáneas dominantes y al que sólo le importa que las cosas “funcionen” y se obtengan resultados palpables. Un ejemplo representativo de ello es el plan de reintegración de Hong Kong –antigua colonia británica– a China diseñado por Deng Hsiao-Ping –el fallecido máximo dirigente de esta República Popular– por el que China seguiría el régimen socialista y Hong Kong el capitalista. A este plan se le conoce como el de “un país, dos sistemas”. Frente a quienes pensaban que esa coexistencia era una contradicción, Deng respondía: *el problema no es si el color del gato es blanco o negro; el problema es si caza ratones o no*. Esta sentencia es todo un símbolo del frío pragmatismo funcionalista que ha sustituido a las ideologías en muchas culturas contemporáneas y sus instituciones (familiar, política, económica, religiosa, educativa, sanitaria, etc.). La consecuencia es la falta de confianza que los ciudadanos de varias naciones muestran hacia muchas de tales

instituciones (porque han dejado de dar “sentido” a las vidas humanas para limitarse a “funcionar”), de modo que presentan, según tiempos y lugares, diversos síntomas de erosión y crisis de representatividad (los ciudadanos no se sienten plenamente identificados o satisfechos con ellas, o las desprecian abiertamente).

Si esta tendencia de desconfianza se agudiza, puede acelerar a su vez el desorden de una sociedad y la entropía de las instituciones culturales. Si a ello añadimos la constante prédica de buscar la máxima ganancia al menor costo y la creciente violencia con que individuos y grupos buscan asegurarse espacios vitales en esta situación incierta y cambiante, pueden surgir dos tipos de peticiones en cuanto a soluciones. Unos pueden plantear la necesidad de una salida totalitaria, para restaurar por la fuerza el orden a cualquier precio. Otros pueden plantear que, al no sentirse suficientemente representados por las instituciones, más obedientes a los intereses de grandes poderes fácticos que a la voz de los ciudadanos de a pie, a los que en teoría deberían servir y defender, es necesario buscar métodos para incrementar la participación democrática y el control ciudadano de la transparencia administrativa en los procesos de toma de decisiones, para ser protagonistas y no víctimas del curso de los acontecimientos.

4. Disyuntivas para los creyentes

Después de siglos de resistencia a la modernidad, diversas confesiones cristianas intentaron más recientemente adaptarse a ésta. No faltó en los ambientes religiosos la tentación de utilizar la solución moderna de la racionalidad, sustituyendo la vida espiritual por ideologías o reductivismos racionalistas de la antigua fe. En algunos de esos esfuerzos por tender puentes entre la fe y la secularización, más se logró mutilar o secularizar el evangelio que evangelizar la

secularización.⁸ Para cuando algunos movimientos religiosos se decidieron a dialogar a fondo con la modernidad ya ésta había entrado en crisis y la postmodernidad estaba naciendo, y se quedaron a la vez sin interlocutor y sin las tradiciones de antaño, reformadas o mutiladas para adaptarse al mundo moderno. La reacción de las diversas corrientes religiosas se repartió en un abanico de posiciones entre el desconcierto erosionante y el atrincheramiento integrista.

Por supuesto que hay quienes no se rinden ante el planteamiento de la disyuntiva entre bondad humanitaria o pragmatismo del progreso y quieren conciliar ambas opciones. ¿Pueden hacerlo? ¿Cuáles son las alternativas posibles? ¿Si las hay, son realizables? El problema último es saber hasta dónde en la cultura occidental actual, que incide progresivamente sobre Venezuela, y avanza con mayor velocidad de la que pensamos, hay espacio para un seguimiento consecuente de Jesucristo. ¿O hemos de mantener una postura en el templo y otra en la calle? ¿Es refractaria al Evangelio la cultura dominante, que penetra cada vez más en los centros urbanos? ¿Puede ser evangelizada? ¿No hay que crear más bien una cultura alternativa, como la de aquellos cristianos que se alejaron de las ciudades del decadente Imperio romano para fundar comunidades en el campo y el desierto con las que nació el movimiento monacal,

8 De alguna manera, se repite con esta secularización el intento de Arrio de Alejandría (siglo III-IV) de adaptar el cristianismo a la mentalidad helénica, encorsetándolo en la doctrina "científica" de su época, inspirada por el platonismo medio. Lo que Arrio logró no fue evangelizar la mentalidad helénica, sino helenizar en forma mutilante el Evangelio (ver W. KASPER, *Jesús el Cristo*, Salamanca, Sígueme, 1982, 217). Con ello se abrió un debate de tal intensidad y consecuencias políticas y doctrinales que dividió al cristianismo y le hizo perder ímpetu, concentración y creatividad para sanar los factores de decadencia cultural en el Imperio romano.

custodio de la cultura en tiempos caóticos y refundador de Europa tras el desplome de la dominación romana?

Un libro de Umberto Eco sobre la cultura de masas se titula *Apocalípticos e integrados*.⁹ Para quienes queremos seguir a Jesús y proclamar su Señorío sobre toda realidad histórica, la pregunta es, ¿hasta dónde podemos ser *apocalípticos* frente a la cultura imperante y creadores de cultura alternativa, o hasta dónde podemos permanecer *integrados* a ella para potenciar sus conquistas y sanar sus males? ¿Hay un punto de no retorno en que a la cultura imperante no le interesa el Evangelio? En Europa occidental hay amplias capas de la población para las que el cristianismo se ha vuelto socialmente irrelevante y minoritario, y en cuanto a ello parece haberse cruzado un punto de no retorno para muchos europeos de las nuevas generaciones (aunque no tenemos idea de lo que la presión de los inmigrantes por entrar y la bajísima natalidad supongan para la futura población y religiosidad europea en los próximos cincuenta años). ¿Nosotros hemos cruzado ya ese punto o todavía no, teniendo en cuenta el cada vez más débil barniz de compromiso cristiano en la vida práctica de nuestro pueblo (mucho más patente en las grandes ciudades y en las nuevas generaciones urbanas que en los poblados del interior)?

¿Es posible hacer un análisis así con base en la realidad o estamos ante un espejismo maniqueo de clasificar las situaciones en blanco o negro, en bueno o malo, sin reconocer que, según la parábola evangélica (cf. Mateo 13, 24-30), el trigo y la cizaña crecen juntos hasta el fin de los tiempos, tanto en nuestro propio corazón como en la cultura en que vivimos? Si ninguna realidad humana es absolutamente buena o mala, nos toca distinguir, en nuestro propio

9 U. ECO, *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen, 1968.

corazón y en la cultura dominante, lo que hay de trigo y de cizaña. En los propósitos de los participantes del Foro Económico Internacional de Davos, en Suiza (países desarrollados o que aspiran a serlo, grandes corporaciones, académicos, etc.), que desean planificar el esfuerzo de globalización y el modelo de desarrollo que hemos descrito, hay aspectos tanto de trigo como de cizaña, y también los hay en los participantes (movimientos ecologistas, indigenistas, religiosos, contestatarios, etc.) que por oponerse a ese Foro se han reunido en el Foro Social Internacional de Porto Alegre, en Brasil. Pero, se preguntará, ¿cómo puede haber cizaña en éstos últimos, si denuncian las ambiciones de los primeros? Hágase el experimento de conceder a un rebelde contestatario bastante dinero, poder y vida placentera, y obsérvese con lupa su nuevo modo de tratar a los demás... Las personas más santas son las que más cuenta se dan de su capacidad de autoengaño e infidelidad.

La distinción entre trigo y cizaña pide unos criterios de examen. ¿Cuáles son y con qué recursos, mediaciones y símbolos se pueden comunicar a una cultura que en cierto modo ha impulsado como valor la ambición de acumular riqueza, el consumo y la codicia del éxito económico a todo trance, en las jóvenes generaciones de diversas clases sociales?

5. Experiencia de Dios como servicio a las culturas hoy

Después de las guerras de religión y otros hechos históricos lamentables, ¿puede el cristianismo todavía pretender proclamarse como una fuerza sanadora y redentora para las culturas? Después de tantas divisiones y luchas, ¿cómo va el cristianismo a identificar criterios de distinción entre trigo y cizaña en el examen crítico de sí mismo y de las culturas contemporáneas y sus dilemas? ¿Cómo puede

convocar a las personas de buena voluntad en una forma eficaz y creíble? ¿Cómo remontar el fracaso del desamor y la desunión que contradice el deseo de Jesús, de que sus discípulos se amen y de que sean uno para que el mundo crea?

Uno de los más destacados teólogos del siglo XX, Karl Rahner, solía repetir que *el cristiano del futuro será un místico o ya no será nada*. De esta advertencia podemos sacar algunas conclusiones que en diversa forma pueden reconocerse en el diálogo pastoral o amistoso con personas concretas. En contraste con los fieles de antaño, la catequización mediante fórmulas doctrinales parece no lograr ya entre los cristianos de las medianas y nuevas generaciones –practicantes o alejados– una fuerza vinculante y un dócil asentimiento a la autoridad eclesiástica que las proclama. Les suenan a una colección de proposiciones ininteligibles sin significados concretos en sus vidas. Las doctrinas les parecen sólo formulaciones de tiempos y contextos culturales lejanos para la cultura contemporánea. Pero esas doctrinas vienen de una fuente, de una experiencia vital de los cristianos. Por eso el ministro eclesial del futuro, clérigo o laico, no podrá ser un adoctrinador, sino un maestro espiritual y un acompañante en los caminos de la mistagogía divina (esto es, la pedagogía de la vivencia del Misterio de Dios revelado en Jesucristo). Desde la experiencia de Dios las doctrinas pueden adquirir su luz y ser propuestas como *veterae et novae* (en su fuerza vivencial primigenia y en la novedad de su revelación para hoy).

Lo mismo pasa con los ritos religiosos, tan formalizados, sofisticados y estandarizados en Occidente, que se han tragado la rica vivencia del símbolo religioso y el misterio. La Misa es objeto de obligación que “no le dice nada” a muchos cristianos jóvenes. Sólo la experiencia profunda de la entrega que el Padre nos hace de Jesús, y la ofrenda que de sí mismo hace Jesús al Padre y a nosotros, como Vida que en cuanto crucificado asume nuestro sufrimiento y mal y

que se nos da en cuanto resucitado, puede llevar a muchos a descubrir toda la belleza de la fracción del Pan vivificante para ser compartido alrededor de una mesa en la que participamos porque todos somos familia y gente libre, no esclavos ni gente de segunda clase. En la Eucaristía podremos entonces recordar con gozo que en los tiempos bíblicos era la gente libre –no los esclavos– la que participaba en la mesa, y que Jesús invitó a su mesa a gente incluso mal vista por los maestros de la Ley mosaica. Por tanto, no somos esclavos, sino libres e hijos amados, y hay espacio para todos: *todo el que me dé mi Padre vendrá a mí, y al que venga a mí, yo no lo echaré fuera* (Juan 6, 37). Ello supone el compromiso de promover un nuevo modo de convivencia, en el altar y en la calle, lejos de teocracias peligrosas y secularismos deshumanizantes. Dígase lo mismo de la mistagogía del bautismo y los demás sacramentos. Esta es la experiencia de Dios sobre la que hay que refundar la vida cristiana y sanar los aspectos deshumanizantes de las culturas contemporáneas. Pero, ¿cómo hacerlo?

El cristianismo tiene la fuerza de sanarse y sanar las culturas en la medida en que esté dispuesto a volver una y otra vez a beber de sus fuentes originarias, es decir, a vivir una experiencia de su Dios e inyectarla creativamente en las culturas. Los quilates de esa experiencia serán medidos por los frutos que produzca. Los frutos son el amor a Dios y al prójimo como a uno mismo, según la tradición bíblica. Pero Jesús pone una cota más alta, en la que descansa la novedad del cristianismo. Ya no basta al cristiano amar al otro como quiere ser amado: *ámense unos a otros como yo los he amado* (Juan 13, 34). La medida ya no es sólo tratar al otro como me gusta que me traten, sino amar con el amor con que Jesús ama. Se trata de un amor afectivo y también efectivo que redime al mundo. Para eso, debo vivir una gran muerte con Jesús y surgir a una vida nueva con Él; es el gran proyecto de la hermosa vida cristiana, simbolizado por el bautismo, de acuerdo con lo expuesto por el Apóstol Pablo en el

capítulo 6 de la Carta a los Romanos. Si he muerto a mi viejo modo de ser, puedo hacerme uno con Jesús: *estoy crucificado con Cristo, y vivo yo, pero ya no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí...* (Gálatas, 2, 20). Entonces el Padre de Jesús me llama hijo suyo y el Espíritu del Padre y de Jesús es el que me mueve, y soy libre y no esclavo (cf. Romanos 8, 14-17 y Gálatas 4, 4-7); mis frutos son los del Espíritu (Gálatas 5, 22-23). Ésta es la vivencia íntima de la Trinidad divina, lejos de tratados difíciles de entender... Pero el don personal del amor de Dios es don y llamado a muchos, que constituye una comunidad de hermanos y la convocación (*ekklesía*, Iglesia) de un pueblo de hijos de Dios y discípulos de Jesús, invitados a ser levadura del Reino de Dios para toda la humanidad, esa poquita levadura que fermenta toda la masa (cf. Mateo 13, 33).

Volver a esa experiencia es la manera de que el cristianismo, pese a sus dos mil años de historia, aún esté por estrenarse. Lonergan afirma que esa experiencia es un enamoramiento sin límites ni restricciones que transforma los horizontes con que pensamos, sentimos y actuamos.¹⁰ En las etapas de decadencia que conducirían a la disolución del Imperio romano occidental, el acomodado joven Aurelio Agustín, hijo de pagano y cristiana, impulsado por las ansias de vivir a plenitud, buscó respuestas en el hedonismo y en diversas escuelas filosóficas a sus preguntas por la felicidad. Como muchos postmodernos de hoy, miraba escépticamente al cristianismo como una colección doctrinal simplona e irrelevante para lo que él deseaba. Pero las circunstancias lo llevaron, no a nuevas reflexiones intelectuales o doctrinales, sino a una experiencia inesperada y arrolladora del Dios cristiano, que recordaría para la posteridad en aquel famoso pasaje del Libro décimo de sus *Confesiones* (28,38-29,39):

10 Ver LONERGAN, *Método en teología*, 107-108.

¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y Tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían lejos de Ti aquellas cosas que, si no estuviesen en Ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu aroma y lo aspiré, y ahora te anhele; gusté de Ti, y ahora siento hambre y sed de Ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de Ti. Cuando yo me adhiera a Ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será realmente viva, llena toda de Ti.

Es una vivencia que recuerda la de los apóstoles: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la Vida... se lo anunciamos a ustedes, para que estén en comunión con nosotros... Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa* (1 Juan 1, 1.3-4). De una experiencia semejante nació el nuevo Agustín, obispo de Hipona, Padre y Doctor de la Iglesia occidental, cuyo pensamiento y legado tanto influiría en la cultura post romana. Esa experiencia también alcanzó a hombres como Benito de Nursia en Occidente y Basilio Magno en Oriente, quienes impulsarían decisivamente el movimiento monacal, preservador de lo mejor de la cultura antigua en el lento parto de una cultura nueva. Una experiencia así llevó a Francisco de Asís o a Domingo de Guzmán a la fundación de los Órdenes mendicantes y a influir sobre la Iglesia en los momentos en que su enorme poder económico e influencia política y cultural podían deformar el espíritu evangélico de pobreza y desprendimiento en una Europa que empezaba a sentir una nueva ansiedad comercial y conocería después el auge de las grandes Ligas comerciales, la Hanseática y la Lombarda. No podemos olvidar el impacto que la prédica del Pobre de Asís causó en el Papa Inocencio III, el Pontífice que encarnó el máximo apogeo político del Papado. Los Órdenes

mendicantes dejaron una huella notable en el desenvolvimiento cultural del medioevo y en el permanente esfuerzo de conversión en la Iglesia. *Ecclesia semper reformanda*, decían los teólogos; la Iglesia de Cristo siempre está en proceso de reforma y conversión gracias a los profetas que la interpelan desde la experiencia de Dios.

En los debates religiosos y culturales de la temprana modernidad, la profunda experiencia de Dios que vivió Ignacio de Loyola lo llevó a plantear una alternativa distinta al agrio enfrentamiento teológico y doctrinal o a la violencia política e inquisitorial entre católicos y protestantes. Mientras Lutero impulsaba una reforma a través de la ruptura, Ignacio planteaba una reforma desde dentro de la Iglesia. Como los místicos anteriores, propuso volver a las fuentes de esa experiencia a través de sus Ejercicios Espirituales, con reglas para discernir las mociones internas y los medios que conducen a la mayor gloria de Dios y al bien más universal o, como decimos hoy, al servicio de la fe y la promoción de la justicia. De los Ejercicios y de la precedencia del sentir y gustar interno respecto del saber, nació un poderoso movimiento cultural, que enlazaba la fe con el humanismo y las nuevas ciencias o sabía dialogar evangélicamente con otras culturas sin despreciarlas, como muestran las empresas de los jesuitas De Nobili y Ricci en India y China, respectivamente. Tal movimiento fue truncado, entre otros factores, por la supresión de la Compañía de Jesús y los cauces históricos posteriores.

6. La especificidad de la contribución espiritual jesuítica y de sus frutos

De las viejas culturas míticas se pasó lentamente –gracias a los esfuerzos pioneros del genio griego– a las culturas de la racionalidad clásica y moderna, y ahora asistimos al surgimiento del policentrismo empírico de las culturas contemporáneas. Las doctrinas religiosas

clásicas, recibidas por acatamiento a la autoridad tradicional, dan paso al deseo “empírico” de una experiencia personal y comunitaria de Dios. Es lo que quieren expresar –con mayor o menor fortuna– corrientes meditacionales o carismáticas tanto en las instituciones religiosas tradicionales como en sectas y nuevos movimientos religiosos.

La experiencia auténtica del Dios cristiano produce una conversión religiosa, moral, intelectual,¹¹ psicológica¹² y, para resumir, integral, que debe ser cuidadosamente discernida. Ésta es la nueva base empírica desde la cual la vida cristiana y la teología deben refundarse y fundamentarse para dialogar con los saberes y las culturas contemporáneas y discernir críticamente lo que hay de trigo y cizaña en ellas y elegir en qué deben los seguidores de Jesús insertarse en una cultura y en qué deben ser contraculturales y promotores de cultura alternativa. En este nuevo contexto, parece que los jesuitas deben comunicar a toda la Iglesia la necesidad de que la atención de los fieles se fundamente en un acompañamiento espiritual que ilumine los demás aspectos de la vida cristiana. No sería necesario ni conveniente restringir este ministerio a los clérigos (ni posible, por la desproporción numérica entre clérigos y laicos). El Señor puede llamar a muchos laicos a ser grandes maestros del espíritu. Al fin y al cabo, cuando Agustín, Benito, Francisco o Ignacio alcanzaron esta experiencia de Dios, eran laicos; desde la “periferia” laical fueron enviados a interpelar a la jerarquía o a la vida religiosa. Agustín e Ignacio vieron después la voluntad divina en la ordenación

11 Ver LONERGAN, *Método en teología*, 235-237.

12 Ver los diversos artículos que apuntan a tal conversión psicológica y transformación del yo en C. ALEMANY y J.A. GARCÍA-MONGE (Eds.) *Psicología y Ejercicios ignacianos*, 2 vols., Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1990.

episcopal del primero y presbiteral del segundo, pero Benito y Francisco no fueron presbíteros. La Compañía necesita urgentemente retomar a fondo la experiencia y el ministerio de los Ejercicios como prioridad por encima de cualquier otra, como contribución específica a toda la Iglesia, para servir a la refundación de la vida religiosa, de la vida cristiana y de la cultura en tiempos de encrucijada, como en otras etapas de la historia.

Probablemente, de los Ejercicios Espirituales ignacianos hay que decir lo mismo que sobre el cristianismo: que están por estrenarse o reestrenarse como cauce para la experiencia de Dios Padre por medio de su Hijo y para el discernimiento según el Espíritu. Son en su sustancia el mejor método para la experiencia divina del cristiano en el mundo. Permiten a) internalizar para qué ha nacido el discípulo y cómo ha de usar de los medios para el fin (Principio y fundamento); b) contrastar el abismo entre su capacidad de daño y desamor –que le hermana con toda la humanidad en el pecado- y el amor misericordioso de Dios (1ª. Semana); escuchar la llamada del Señor que lo asocia a su misión de redimir y sanar la historia humana, e identificar y elegir mediante las reglas de discernimiento el modo en que se une a esta misión de Jesús (2ª. Semana); c) morir con Jesús a sí mismo haciendo suya la cruz bajo cuya bandera fue llamado a militar en la segunda semana (3ª. Semana); d) participar, con esta muerte, de la alegría de la vida nueva con el Resucitado, y alcanzar, mediante la contemplación para alcanzar amor, el don de hallar al Señor en todas las cosas (4ª. Semana) y trabajar con Él en el servicio de comunicar esa vida a los demás.

Puesto que los Ejercicios son un proceso bastante más fino y sutil que lo que da de sí un retiro de ocho días o de fin de semana, y como la mayoría de los cristianos no disponen de un mes entero para retirarse a hacerlos, habrá que desarrollar estrategias para afinar la modalidad de preparación y oferta de los Ejercicios en la vida

cotidiana (EVC), previstos por san Ignacio en la anotación 19ª. del texto de los Ejercicios.¹³ Las parejas y matrimonios deben ser una prioridad en este ministerio, por la erosión que sufre la vital institución familiar. También hay que atraer en cuanto sea posible a personas de diversos grupos: intelectuales, protagonistas de los escenarios públicos, educadores, tecnólogos y científicos que moldearán las mentalidades y estilos de vida del futuro, líderes comunitarios y tantos creyentes sencillos que de corazón desean entregarse a Dios. En la medida en que los mismos jesuitas y los laicos a ellos asociados en la misión apostólica sean verdaderamente ganados para Jesucristo a través de los Ejercicios, la oración cotidiana y el examen continuado de discernimiento,¹⁴ a su vez podrán ganar para el Señor a personas de todos estos ambientes. Ninguna planificación gerencial podrá suplir esta experiencia de Dios con la que el Señor tomará nuestras obras y esfuerzos como suyos y con la que la Compañía será cada vez más de Jesús, así como la Iglesia. El quicio está en hacer caso de todo corazón a la llamada de Jesús a una verdadera conversión de fe, de mentalidad, de actitudes prácticas: *el Reino de Dios está cerca. Conviértanse para que crean esta buena noticia*

-
- 13 Ver sugerencias para los Ejercicios Espirituales en la vida cotidiana en J.M. RAMBLA, *Ejercicios en la vida corriente*, Barcelona, Cristianisme i justícia, 1991; F. RIERA I FIGUERAS, *Ejercicios Espirituales en la vida ordinaria para comunidades de laicos*, Santander, Sal Terrae, 1990; Equipo CIRE, "Guías para Ejercicios en la vida corriente" (I y II), en *Apuntes Ignacianos*, Núms. 2/1991 y 3/1991, Bogotá, Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios (CIRE).
- 14 Dos notas. La primera: entiéndanse la oración y el examen como prolongación de los Ejercicios en la vida y tarea diaria, para en cierto modo estar en situación "permanente" de Ejercicios. La segunda: es crucial para la inspiración de nuestras tareas que al menos los laicos con corresponsabilidad clave de dirección o animación en la misión apostólica sean persuadidos a hacer la experiencia de los Ejercicios o escogidos de entre quienes la han vivido.

(Marcos 1, 15). *Tienes paciencia, y has sufrido por mi Nombre sin desfallecer. Pero tengo contra ti que has perdido tu amor de antes. Date cuenta, pues, de dónde has caído, conviértete y vuelve a tu conducta primera...* (Apocalipsis, 2, 3-5).

Las instituciones educativas de la Compañía deben discernir, desde esa experiencia fundamental, en qué medida son instrumentos apostólicos eficaces o se dejan llevar por la inercia rentista de saberse centros prestigiosos que forman individuos sólo para cierto éxito económico y social, en la educación elitesca y aun en la popular. La contribución a la educación masiva de las mayorías pobres y el manejo de los nuevos medios tecnológicos para poner en sus manos las herramientas con que enfrentar la amenaza del ostracismo en un mundo globalizado, es una misión urgente para la que hay que ganar a todas las organizaciones no gubernamentales y educativas posibles. Con ese esfuerzo educativo hay que brindar a las mayorías del planeta la preparación y formación humana y trascendente para que se organicen y tengan peso en las decisiones mundiales, restringidas por ahora a la dirigencia de unos pocos gobiernos de países económicamente desarrollados, organismos económicos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y corporaciones transnacionales más poderosas que ciertas naciones y continentes. En suma, frente a minorías plutocráticas que *de facto* deciden la suerte de las grandes mayorías, esta educación debe contribuir a una verdadera democratización política y económica del planeta y a relanzar un planteo humanístico de ejercicio desprendido de la inteligencia –típico de la tradición educativa de la Compañía– que ha de acompañar a los progresos tecnológicos y ponerlos al servicio del bien más universal.

La investigación en materia económica y multidisciplinar es otra tarea muy importante. Si tomamos en cuenta ciertos estudios de Lonergan, Philip McShane, Gasper Lo Biondo, Raúl González Fabre

y otros jesuitas, la justicia, la ética humanista o la dimensión trascendente, no pueden seguir presentándose como factores adventicios o exógenos, sino fundamentales de la teoría y la práctica económica. Si no lo son ahora, es porque el secularismo ha invadido el sistema de creencias y valores que moldean tanto la teoría como la práctica económica, desde una perspectiva cultural que –recordémoslo– no es clásica ni de validez universal, sino empírica y por tanto, modificable. Si el entramado de creencias de una cultura se puede modificar y sus valores pueden adquirir una nueva jerarquización, el rostro de la actividad económica cambiará y por fuerza también su planteo teórico. Puesto que la economía es una actividad humana, no puede ser pensada en modelos mecanicistas ajenos a las múltiples dimensiones del fenómeno humano o sin identificar las concepciones antropológicas y culturales que subyacen al discurso teórico. La investigación y elaboración de teorías económicas con fundamentos más completos gracias a estudios interdisciplinarios es una prioridad.¹⁵

-
- 15 Lonergan propone un replanteo heurístico de la organización de tareas y redes de colaboración en la actividad económica para lograr una eficiencia “humanizante” y la articulación entre los beneficios individuales y colectivos en *A New Political Economy*, Toronto, University of Toronto Press, 1998; ver también Ph. MCSHANE, *Lonergan’s Economics: Structures and Implementations*, Halifax, Axial Press, 2000. Por su parte, R. González Fabre, en *Justicia en el mercado. La fundamentación de la ética del mercado según Francisco de Vitoria* (Caracas, CONICIT-UCAB, 1998) estudia las relaciones que Vitoria establece entre ética y economía como modelo alentador para el posterior esfuerzo de plantear una teoría y práctica económica fundamentadas intrínsecamente en la ética humanista y en la justicia, esfuerzo posible según el autor. Incluso en autores no confesionales como J. ELSTER (*Economics. Análisis de la interacción entre racionalidad, emoción, preferencias y normas sociales en la economía de la acción individual y sus desviaciones*, Barcelona, Gedisa, 1997) encontramos un análisis de la incidencia de las creencias culturales en la conformación de modelos y conductas económicas. Por tanto, la historia

Habrá que ver en qué medida los eventuales estancamientos y problemas de las economías contemporáneas propiciarían la oportunidad para que nuevas propuestas sean consideradas y escuchadas.¹⁶ De lo contrario, habrá que presentar a modo de cultura

económica de los regímenes socialistas no era la única que fatalmente se podía escribir, como los acontecimientos demostraron, y la actual historia económica mundial tampoco es la única que se puede escribir y a la que resignadamente hemos de someternos en sus aspectos deformes, sino sólo la historia que hemos querido o permitido escribir hasta ahora. La sanación de las creencias de una cultura y de su jerarquización de valores es la base de la sanación de sus modelos económicos y de la convivencia social, sin cometer el error de considerar el individualismo o el totalitarismo como modos inevitables de búsqueda de orden o bienestar. Pero esa sanación comienza en la intimidad de los corazones por medio de la experiencia religiosa y del discernimiento de su veracidad en frutos de conversión religiosa, moral e intelectual. El desafío cultural est  en que queramos asomarnos a nuestro corazón. El ambiente cultural de ruido y dispersión prefiere evitar tal asomo.

- 16 Nos referimos a que el sistema económico y financiero internacional es mucho más frágil de lo que creemos para ser el motor y fundamento sólido de una civilización planetaria. Hay que preocuparse si hemos de tomar en cuenta lo que indica el análisis de Verónica MARTÍN, en su artículo "Globalización" (15-11-2000), de la Revista electrónica *Venezuela analítica*, (<http://www.analitica.com/>) sobre una economía mundial cuya consistencia es definida por ella como "de papel"; dice textualmente: *Las bolsas del mundo suben brutalmente, pero resulta que todo lo que se mueve -unos US\$1.500 billones diarios- est  destinado en su mayor parte a la economía especulativa, y sólo el 2% son para las transacciones de bienes y servicios. Esto conlleva el aumento o disminución de la cotización de las divisas. Un hombre inteligente, como George Soros, que se ha beneficiado enormemente con las especulaciones, dice que esto es una locura que, si no se regula, nos va a llevar a las catástrofes más grandes. Y él no es un activista rojo, sino el mayor especulador del sistema financiero internacional.* También el Informe de la ONU en 1999 sobre desarrollo humano alerta sobre el fenómeno de la volatilidad e inestabilidad financiera mundial en la estructura interconectada de las Bolsas de valores, que ha producido crisis repentinas como las de las Bolsas asiáticas en 1998.

alternativa nuevos valores y modos de circulación de la riqueza que articulen los beneficios personales, grupales y generales,¹⁷ y crear redes de colaboración económica y profesional entre aquellos de nuestros egresados, laicos corresponsables en nuestra misión o allegados que han hecho los Ejercicios y otras colectividades que comulguen con esta perspectiva para que individualidades convencidas sobre la fe y la justicia no se enfrenten solas, sin posibilidad de éxito en la preservación de su integridad ética, a un mercado que funciona en muchos casos bajo los valores de la máxima utilidad a toda costa y la codicia de acumulación. El asunto fundamental es éste: el amor de Dios se verifica en el amor a los hermanos. Pero este amor, repitámoslo, debe ser afectivo (amar como Jesús nos amó, compartiendo sus sentimientos) y efectivo, es decir, práctico. Ello supone pasar de las buenas intenciones nebulosas a las propuestas precisas de convivencia, que hagan de este amor un principio operativo de resultados concretos en la articulación de beneficios personales y colectivos, en la creación y circulación de riqueza, en la interacción social y las jerarquizaciones concretas de preferencias y valores.

Todo ello se estructura desde la libertad, pero no confundamos la libertad con el individualismo que busca codiciosamente la máxima ganancia a toda costa. La libertad nacida de una experiencia de Dios como la de los Ejercicios Espirituales se opone a este individualismo y es el germen necesario (que se debe complementar con otros medios

17 Incluso un pensador poco amigo de perspectivas humanísticas o trascendentes como Mario Bunge señala la pertinencia de plantear un modelo matemático que demuestra la posibilidad de complementar las dimensiones individual y colectiva en las ciencias sociales, desechando el falso dilema de la mutua exclusión entre ambas. Ver M. BUNGE, *Epistemología*, México, Siglo XXI, 1997, 159-160.

de los demás saberes y técnicas) para una verdadera democracia económica, política, de las oportunidades, la información y el conocimiento, en los ámbitos locales y globales. Esa libertad también es el motor de un ejercicio sano y desinteresado de la inteligencia y la razón humana. La razón no es tan químicamente pura como para llevarnos al mito del progreso indefinido. Los planteamientos de Freud, Marx o Nietzsche pretendían –según el peculiar estilo de cada uno– desenmascarar los motivos no confesados que movían a la razón humana a elegir un camino u otro. Pero mucho antes que estos maestros de la sospecha, Ignacio de Loyola se preguntó quién es el verdadero dueño y señor de nuestros pensamientos, discursos y escogencias. Por eso en los Ejercicios el sentir y gustar preceden al saber y hay que conocer el “desorden” de nuestras operaciones. La inteligencia desprendida y desinteresada que surge de la conversión intelectual, unida a las actitudes nacidas de la conversión moral, sigue explayándose en su investigación sin dejarse detener por la tentación pragmática de la satisfacción inmediata de ambiciones individuales o grupales. Así, más allá de la ambición de máximas ganancias inmediatas, sabremos ver las consecuencias de las pequeñas y grandes decisiones para la sociedad, la humanidad, las futuras generaciones y el medio ambiente.¹⁸

18 El ideal de la máxima ganancia inmediata al menor costo, sin reparar en las consecuencias, es una deformación del espíritu y una mutilación de la inteligencia. Un ejemplo: las autoridades británicas ya conocían hace quince años el problema que traería el llamado síndrome de las “vacas locas”, pero no se hizo pública la información ni se tomaron las medidas del caso para no alarmar a los consumidores ni afectar los beneficios de las actividades comerciales y grandes intereses. Hoy no se sabe a ciencia cierta cuántas cabezas de ganado vacuno están infectadas o habrá que sacrificar en Europa y quizás en América, ni el costo en salud y vidas humanas, ni los desequilibrios que la crisis de la industria cárnica haga sufrir al resto de la economía y a las necesidades alimentarias. La

He aquí tareas concretas de rescate de oportunidades para los pobres, promoción de la participación democrática planetaria, preparación espiritual, intelectual y moral del laicado para su corresponsabilidad en la Iglesia y replanteamiento de los ministerios y métodos de evangelización por una mistagogía que supera el mero adoctrinamiento que bastaba en épocas de mentalidad clásica. Todos éstos son aspectos que no sólo concuerdan con los objetivos del Plan Apostólico de la Provincia jesuítica de Venezuela y le exigen operatividad concreta (más allá de una mera declaración de intenciones), clara elección de medios, excelencia formativa de jesuitas y laicos y apertura universal, sino que quieren aclarar el panorama para promover una refundación de las culturas contemporáneas a nivel mundial, para un desarrollo sustentable, a partir de una experiencia de Dios y a favor de la mayor gloria divina, de la que expresó ya en el siglo II san Ireneo: *homo vivens, Dei gloria*. La gloria de Dios no está sólo en que los seres humanos –o mejor, una minoría de ellos, la quinta parte de la población mundial– produzcan riqueza material y la acumulen “como signo de bendición divina”, sino en que todos tengan acceso a las oportunidades para construir libre y responsablemente una vida plena en todas las dimensiones de su ser y existencia.

Los medios con que contamos para tan vasta empresa son en realidad muy pequeños y precarios. Quizás son la expresión actual del ideal ignaciano de predicar y ejercer nuestros ministerios en pobreza, y nos llevan a la convicción de que *ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer* (1 Corintios 3, 7). Pero la capacidad

ganancia inmediata sin criterio de responsabilidad se vuelve a la larga pérdida de dimensiones colosales y quizás inmanejables. Tenemos una reflexión multidisciplinaria muy interesante y compleja sobre lo que este ejemplo quiere ilustrar en LONERGAN, *Insight. Estudio sobre la comprensión humana*, Salamanca, Sígueme, 1999, 223-305.

de convocatoria y de sentido para nuestras vidas que estas propuestas tengan, tanto en su concreción práctica como en la convicción trascendente de que son un modo discernido de contribuir humildemente a la venida del Reino de Dios en y desde nuestro tiempo, permitirán que esta visión redentora de las culturas tome impulso y vaya ganando para su causa a muchos creyentes cristianos o no cristianos y personas de buena voluntad.¹⁹ Evidentemente, el talante cultural de fragmentación y fugacidad postmoderna y el ritmo vertiginoso de los cambios actuales exigen de la Compañía universal y sus instituciones una movilidad y una flexibilidad para los cambios como la soñada por Ignacio de Loyola, y una capacidad de cooperación con otros ámbitos de la Iglesia y muchas otras personas de buena voluntad –porque el Espíritu del Señor no conoce fronteras– en el común servicio a la humanidad. En este servicio tendrán trato preferencial los más pobres y sufrientes, los rostros del Señor (según Mateo 25, 31-46), que han de juzgar al mundo y que no pueden quedar excluidos de la construcción de una historia común que pertenece a

19 La proclamación explícita de Jesucristo no excluye el diálogo y la colaboración con otros credos. La originalidad específica del cristianismo descansa en la Persona y misterio de Jesús. Pero en otros aspectos, la experiencia religiosa cristiana muestra similitudes con las de otros credos, y la experiencia mística es la plataforma para esa colaboración en beneficio de toda la humanidad en el contexto de la globalización. Sobre estas rasgos comunes de la experiencia religiosa, ver J. MARTÍN VELASCO, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Madrid, Cristiandad, 1978; F. HEILER, “La historia de las religiones como preparación para la cooperación entre las religiones”, en M. ELIADE y J. KITAGAWA (comps.), *Metodología de la historia de las religiones*, Barcelona, Paidós, 1986, 167-199; LONERGAN, *Método en teología*, 110. Además, es interesante apreciar la oposición entre el ámbito religioso y el talante utilitario e instrumental contemporáneo, en G. BATAILLE, *Teoría de la religión*, Madrid, Taurus, 1999, texto clásico en nueva edición que, pese a algunos aspectos debatibles, da que pensar.

un solo Señor y no a ídolos ni falsos mesías. La actual exclusión de los pobres y sufrientes en la historia del desarrollo nos rememora el señalamiento evangélico de que Jesús nació en el establo porque no había sitio para Él en las casas de los humanos, que no tenía dónde reclinar su cabeza, y que sufrió el rechazo y la conspiración para quitarlo del medio con una muerte violenta, pero que es el Viviente y Resucitado al que no se puede hacer desaparecer.

Nuestra experiencia de escuchar al Padre a través de Jesús no puede sufrir más contradicción por parte de la cultura dominante –por más refractaria que llegue a ser– de la que sufrió el mismo Jesús en su conflictiva sociedad. No por eso dejó Él de asumirla y sanarla con la ofrenda de sí mismo. Antes de que lleguen la primavera y el día, no sabemos cuánto invierno o cuánta noche hemos de sufrir en los conflictos o actitudes de bloqueo e indiferencia que se presenten ante este tipo de propuestas, molestas para muchos grandes intereses. Militar bajo la bandera de la cruz forma parte de la auténtica experiencia de Dios para llegar a la gracia de hallarlo, amarlo y servirlo, como Ignacio de Loyola, en todas las cosas. Esto implica, como para los primeros cristianos, empeñar hasta la vida en no doblar las rodillas ante los poderes de este mundo, porque esos poderes no son el Dios verdadero. Todo lo propuesto suena a utopía irrealizable para quienes no han examinado si su concepción de felicidad y bienestar (o de desesperanza y cinismo) es utópica. Este amor concreto suena a mito para quienes no han examinado si más bien es mito el concepto de progreso y de persona humana en el que ellos creen. En un tiempo cultural de transiciones y escepticismos, algunos se ríen de la posibilidad de experimentar al Absoluto, y paradójicamente proclaman como principio absoluto que todo es relativo.

Pero sabemos en Quién hemos puesto nuestra confianza, y Quién nos envía en misión apostólica a las culturas contemporáneas. No somos los salvadores del mundo: hay uno solo que lo es. Podemos

renunciar a este llamado y al “magis” ignaciano; y en ese caso el Señor hará su obra con otros, porque no somos imprescindibles. Pero si aceptamos esta misión desde una vuelta de corazón a la experiencia de conversión que los Ejercicios ignacianos quieren provocar, hay esperanza de sanación para los aspectos deshumanizantes de las culturas contemporáneas, y de potenciación de sus aspectos positivos. La siembra del Reino de Dios en ellas nos mostrará, como en las parábolas del grano de mostaza y la levadura (ver Mateo 13, 31-33), la desproporción entre el limitado número y esfuerzo de los operarios de la mies, y las dimensiones de los resultados. Con ocasión del tema de las culturas y la globalización, hemos contemplado brevemente toda la faz de la Tierra, con tanta gente en tan diversos estados de paz o guerra, salud o enfermedad, nacimiento o muerte (Ejercicios, 106), para colaborar en el propósito de la Trinidad (*hagamos redención del género humano*, Ejercicios, 107) y cooperar en la venida de ese mundo nuevo que Pedro Arrupe tuvo la gracia de ver con tanta claridad.

Bibliografía básica

AUSJAL (Asociación de Universidades Jesuíticas de América Latina), *Desafíos de América Latina y propuestas educativas*, Caracas, UCAB, 1995.

BARRY, William, *Dejar que el Creador se comuniqué con la criatura. Un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Bilbao, Desclée, 1999.

CABARRÚS, Carlos, *La mesa del banquete del Reino. Criterio fundamental del discernimiento*, Bilbao, Desclée, 1998.

CONGREGACIÓN GENERAL XXXIV DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Decreto 3°. sobre “Nuestra misión y la justicia” y

Decreto 4º. sobre "Nuestra misión y la cultura", Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1995.

ICAJE (Comisión Internacional para el apostolado educativo de la Compañía de Jesús), *Pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico*, Caracas, CERPE, 1994.

JOHNSTON, William, *Teología mística. La ciencia del amor*, Barcelona, Herder, 1997.

MARDONES, José María, *Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*, Santander, Sal Terrae, 1988.

MARTÍN VELASCO, Juan, *La experiencia cristiana de Dios*, Madrid, Trotta, 1995.

Síntesis de conclusiones

La exposición sobre experiencia de Dios y cultura de hoy nos lleva a las siguientes conclusiones:

1. EN CUANTO AL SERVICIO DE LA FE

- La Compañía debe impulsar con nuevo vigor el ministerio de los Ejercicios Espirituales para llevar al mayor número posible de bautizados por el camino de una experiencia del Dios cristiano y una mistagogía bien discernida, desde la que cobra nueva luz la tradición de creencias de la Iglesia para proponerlas con nuevos métodos de evangelización.
- Este ministerio tiene como objetivo central la experiencia de Jesucristo y de su Espíritu como don de Dios Padre en la vida concreta del creyente, a través de la práctica diaria de la oración, el discernimiento mediante el examen ignaciano y el servicio a los demás.

- El fruto de esa experiencia es un enamoramiento incondicional e irrestricto, que lleva a una conversión religiosa (Principio y fundamento de los Ejercicios: para Quién hemos nacido y uso de los medios “tanto cuanto” ayudan al fin), una conversión moral (apropiación de la jerarquía de valores del Evangelio reflejada en las actitudes concretas de la existencia), una conversión intelectual (ejercitación desinteresada y desprendida de la inteligencia y la razón iluminada por las conversiones religiosa y moral) y una conversión psicológica (integración de la personalidad y la afectividad desde la “escuela del afecto” ignaciana).
- La experiencia del Dios cristiano y la práctica del discernimiento es el medio de ayudar a los laicos a alcanzar la madurez en la fe, necesaria para la corresponsabilidad eclesial en la nueva evangelización.
- Sólo desde esta base de vivencia espiritual se hace compatible la proclamación explícita de Jesucristo como Señor con el diálogo y la colaboración con todas aquellas personas de buena voluntad y grupos en los que, fuera de las fronteras de la creencia cristiana explícita, discernimos el soplo del Espíritu.
- Esta experiencia genuina de Dios, traducida en servicio a los demás, y especialmente a los más pobres y sufrientes, es una interpelación y medio de atracción eficaz por excelencia –ya a la fe, ya al respeto o la colaboración– ante los alejados o increyentes, y no puede ser sustituida, sino necesariamente complementada por la preparación. El ideal ignaciano de virtud (como fruto de la conversión) y letras (esto es, preparación para actuar y dialogar con el contexto cultural del momento) implica que no se puede prescindir de ninguno de los dos polos para buscar el bien más universal, pero la base necesaria e imprescindible del segundo es el primero.

2. EN CUANTO AL SERVICIO DE LA JUSTICIA

- El amor a los demás, como baremo de la experiencia de Dios, debe ser afectivo y efectivo. El amor efectivo pide acciones y estrategias concretas a favor del mayor bien universal. Es un amor operativo. Dentro de su misma operatividad se entiende que vigila en lo personal e interpela en lo colectivo al esfuerzo y proceso permanente de conversión.
- Puesto que es un amor operativo en un contexto de cambios culturales vertiginosos, pide reavivar la movilidad, agilidad y flexibilidad de la Compañía, sus instituciones y los laicos de inspiración ignaciana, para responder a tiempo a los posibles cursos de desenvolvimiento de las culturas contemporáneas.
- Puesto que este amor operativo está al servicio del mayor bien universal y se compromete con la libertad, debe colaborar con otras organizaciones internacionales, no gubernamentales, educativas y humanitarias en general al logro de una formación, preparación y organización de las mayorías del planeta (80% de la humanidad en diversos grados de pobreza o sufrimiento) para: a) resolver sus necesidades básicas; b) saber utilizar a favor de su desarrollo los medios tecnológicos que se haya logrado transferirles; c) frente a la concentración de poder en minorías plutocráticas sobre decisiones planetarias, demandar eficazmente dentro de sus países y a nivel mundial una verdadera democratización del debate que conduce a las grandes decisiones políticas y económicas sobre calidad de vida, cooperación entre los pueblos, intercambio respetuoso entre culturas y preservación del medio ambiente.
- Puesto que de ese amor operativo nace la dimensión intelectual de nuestra misión apostólica, urge el ejercicio de investigación de soluciones para una interrelación justa –económica, política,

cultural-entre los pueblos en el escenario de la globalización. En esa investigación juega un papel clave una inteligencia, no al servicio de intereses parciales, sino del bien más universal. Debe ser, pues, una inteligencia desprendida y desinteresada, en consonancia con el espíritu de los Ejercicios, para identificar multidisciplinariamente el perfil de ser humano al que los saberes y ejecutorias prácticas deben servir en su desarrollo personal y social, y desenmascarar las falsas concepciones del ser humano (egoístas, utilitarias, etc.) que subyacen en algunas corrientes actuales de pensamiento académico o fuentes de decisión política y económica.

- Puesto que este amor operativo debe plasmarse preferentemente en el esfuerzo educativo a la luz del paradigma pedagógico ignaciano, debe formar a los educandos en: a) valores de libertad integral que se oponen al reduccionismo egocéntrico de libertad que es el individualismo; b) en una competencia creativa y sana, impulsora de eficiencia y productividad, complementada por una convivencia basada en un talante de confianza (*salvar la proposición del prójimo*, que dice Ignacio en el Presupuesto de los Ejercicios), en contraste con la desconfianza actual que nace de la utilización de unas personas por otras y la competitividad despiadada con poco escrúpulo ético; c) en el desprendimiento de la inteligencia creativa que no se deja atar por la codicia individualista y el lucro como pseudo-fines de la vida.
- La formación en estos valores debe ser inyectada en el tejido de creencias de las culturas contemporáneas, a través de los nuevos medios disponibles hoy, para modificar estilos de vida y revertir la entropía de convivencia, o ser la base de experimentos culturales alternativos, en caso de que los dinamismos actuales de las culturas presentes muestren en ciertos casos una insuperable actitud refractaria con respecto al Evangelio.

- Puesto que este amor operativo persigue el bien concreto desde una jerarquía de valores, debe proponer formas de articulación entre los beneficios personales, grupales y colectivos, que se extiendan a las sociedades, comenzando a través de redes de cooperación entre aquéllos de nuestros egresados y laicos forjados en los Ejercicios que aceptan la base espiritual de la educación y formación de la Compañía, y otras organizaciones y grupos de naturaleza o inspiración semejante.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué medida se fundamentan y apoyan mi vida cotidiana y ocupaciones en la oración, el discernimiento y el servicio a los demás?
- ¿Hallo al Señor en las cosas y tareas de todos los días? ¿Tengo la experiencia de trabajar en todo con Él? ¿Contagio de su Presencia y Vida a otros?
- ¿Qué puedo evaluar de mi conversión como proceso continuo en lo religioso, lo moral, el modo de pensar y sentir? ¿Pienso que quizás no necesito tanto la conversión, que ya hice lo suficiente?
- ¿Qué tan afectivo y efectivo es mi amor por los demás, especialmente los postergados y sufrientes? ¿Siento en ellos la Presencia del Señor como don precioso e interpelación especial? ¿Siento que me llaman de parte del Señor a un talante accesible, sencillo, amable y desprendido?
- ¿Percibo la institución en que trabajo como una misión apostólica o como una estructura que sigue una inercia contraria a la movilidad apostólica? ¿Ayuda mi institución a cambiar los valores culturales negativos de individualismo y codicia? ¿Cómo ayudamos a inyectar valores que incidan evangélicamente en la

mentalidad y el estilo de vida de aquellos con los que nos relacionamos?

- ¿De qué manera puedo yo colaborar para que las personas relacionadas con mi institución de trabajo tengan la oportunidad de experimentar al Señor y de formar redes de amistad, colaboración mutua y sentido apostólico?
- ¿Cuál es la pequeña semilla que mi institución, mi comunidad y yo pondremos para que la mentalidad cultural en el país y el planeta evolucione hacia estilos de vida más fraternos? ¿Tengo fe en la eficacia de esa pequeña semilla y de las pistas casi inadvertidas del Reino de Dios en medio de esta encrucijada mundial de las culturas?

PROPUESTA DE MEDITACIÓN (1)

- Leer el pasaje de Lucas 24, 13 y siguientes.
- Los discípulos de Emaús se van de Jerusalén pesarosos. Piensan que todo llegó a su final, que ya Él murió, que no hay lugar para Jesús en el mundo, cuando en realidad está vivo y ahora es cuando la historia comienza. ¿Pienso que no hay esperanza de mejorar la situación, que todo tiempo pasado fue mejor? ¿Pienso que Él no parece estar vivo hoy, o que va a surgir lo nuevo?
- Envueltos en su pesadumbre, no se dan cuenta de Quién es el camina con ellos (no han creído en los mensajes de que Él vive; incluso replican con displicencia a la pregunta que les dirige el Caminante). ¿Me pasa algo semejante? ¿Hay en mí gérmenes de desconfianza y amargura?
- Él les explica las Escrituras y ellos reconocerán más tarde: “¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras

por el camino?" ¿Presto oído a su voz? ¿Me dejo alcanzar para que me hable? ¿Cuándo ha sido la última vez que mi corazón ardía al escucharlo?

- La actitud distante cambia: lo invitan a quedarse y lo reconocen en la fracción del Pan al compartir la mesa. ¿He cambiado de actitud invitándolo a quedarse? ¿Me doy cuenta de que al darle hospitalidad descubro que la historia no acaba sino que comienza? ¿Percibo lo que significa la misión de ayudar a preparar la mesa y el Pan, el banquete del Reino?
- Ellos desandan el camino y vuelven a Jerusalén, para reintegrarse a la comunidad de discípulos en la que Él mismo les espera. Los discípulos no podían creérselo "de la pura alegría". ¿He desandado mis caminos de alejamiento para sentirme miembro del Cuerpo apostólico? ¿Siento y comparto con los otros la alegría de que Él vive (no es ningún fantasma), se le puede hallar en todas las cosas y compartir su trabajo redentor a favor de la humanidad?

PROPUESTA DE MEDITACIÓN (2)

- Imagino un nuevo modelo de avión que hace un vuelo inaugural transoceánico de promoción comercial acordada entre la empresa ensambladora del aparato y la línea aérea que lo compra. De los cien pasajeros que suben se reparten veinte entre las secciones de primera clase y clase de negocios. Los otros ochenta van en clase turista. Se escoge una película de la preferencia de los de primera y clase de negocios para que todos los pasajeros la vean durante el vuelo. El ochenta por ciento de los alimentos, bebidas y demás servicios se distribuyen entre los pasajeros de primera y negocios porque, lógicamente, han pagado más. El otro veinte por ciento de suministros se debe repartir entre

los ochenta de clase turista. A éstos se les advierte, además, a mitad de vuelo, que hay fallas en sus sanitarios y no deben utilizarlos. Los de las dos primeras clases se molestan de pensar en la posibilidad de que los otros les molesten entrando a los sanitarios de su espacio privado. Mientras, el piloto ha reportado a los operadores de la torre de control más cercana y a los patrocinantes del vuelo comercial que detecta ciertas fallas en un motor y que a lo mejor convendría aterrizar en un aeropuerto intermedio para revisar el problema mecánico y solucionar los otros problemas de a bordo. Los patrocinantes le indican que mejor continúe hasta el destino definitivo, para que no sufra aún mayor merma el prestigio de la compañía ensambladora y la línea aérea; ya es suficiente con los problemas de organización y aprovisionamiento. ¿En qué se parece esto al escenario global? ¿Dónde estoy yo ubicado? ¿A quiénes y en qué medida les doy la razón? ¿Qué papel debo jugar como creyente? ¿Se parece esto en algo a la experiencia de Emaús? ¿Dónde identifico desempeños completos o mutilados de la inteligencia, según los juicios y decisiones a que se llega?

- La parábola anterior nos permite apreciar las reflexiones de un psicoterapeuta inglés inspirado por Carl Rogers y el budismo zen, David Brazier. Según él, debemos tomar en cuenta que nuestro planeta es un microscópico punto azul con una muy frágil capa biosférica posibilitadora de la vida, dentro de una galaxia mediana perdida en medio de las inimaginables dimensiones del universo. Al saber que somos minúsculos y frágiles, que nuestra posición luce muy vulnerable y que nuestra existencia en la tierra supone una fracción mínima del tiempo astrofísico, para Brazier resulta insensato mantener conflictos en vez de aprender a cuidar unos de otros.²⁰ Creyentes y no creyentes pueden reconocer la sensatez

20 Ver D. BRAZIER, *Terapia zen*, Bilbao, Desclée, 1997, 328.

de este consejo. Si tenemos una experiencia religiosa o prestamos atención a doctrinas fundamentales, nos sentimos urgidos a un mutuo cuidado traducido en redes prácticas de colaboración. Desde una ya clásica traslación de nociones de la biología a las ciencias sociales, podremos ver la sociedad planetaria como un organismo vivo, y advertiremos que una enfermedad en cualquier órgano o tejido repercute en el equilibrio del organismo entero: curar a los otros es curarnos todos. Si un grupo de células cancerosas quieren crecer y crecer a costa del resto, matarán al organismo y estúpidamente morirán ellas mismas al matarlo. Podremos descubrirnos "en red" unos con otros. La suerte que corran los otros es la suerte tuya y mía.

